

## VOLVER AL DESARROLLO

Jaime Ornelas Delgado\*

*“Estamos ante un desafío complejo, si queremos construir un pensamiento propio desde América Latina”.*

Edgardo Lander  
(2004: 179).

Fecha de recepción: 20 de enero de 2011. Fecha de aceptación: 23 de agosto de 2011.

### RESUMEN

El desarrollo, categoría empleada para expresar el crecimiento económico, surge durante la “guerra fría” y si bien fue propuesta por teóricos metropolitanos, se asumió en Latinoamérica como parte de los instrumentos disponibles para lograr el crecimiento y alternativa al socialismo. El desarrollo mantuvo su vigencia entre 1945 y 1975, cuando al advenimiento del neoliberalismo fue paulatinamente retirado de la agenda de las preocupaciones nacionales e internacionales. Al iniciarse el siglo XXI, el fracaso del mercado autorregulado trajo de nueva cuenta al debate los problemas del desarrollo, lo que obliga a revisarlo críticamente, tanto como al concepto mismo para mostrar su carácter colonial, si se quiere construir caminos ajenos al neoliberal y superar los problemas que han hecho de Latinoamérica una de las regiones más desiguales del mundo.

**Palabras clave:** desarrollo, crecimiento, industrialización, mercado autorregulado, colonial.

### GETTING BACK TO DEVELOPMENT

#### Abstract

Development, the category used to express economic growth, emerged during the Cold War and although it was proposed by metropolitan theorists it was assumed in Latin America to be one of the available instruments to achieve growth and as an alternative to socialism. Development was pursued from 1945 to 1975, when, with the advent of neo-liberalism, it was gradually displaced from the agenda of national and international concern. At the beginning of the 21st century, with the failure of the self-regulating market, once again the debate on problems of development emerged, obliging a critical revision of the concept itself to expose its colonial character, with the aim of building routes away from neo-liberalism and overcoming the problems that have made Latin America one of the most unequal regions in the world.

**Keywords:** development, growth, industrialization, self-regulating market, colonial.

---

\* Profesor- investigador de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo electrónico: ornelasdelgadojaime@hotmail.com

---

## RETOUR AU DÉVELOPPEMENT

### Résumé

Le concept de développement, terme employé pour désigner la croissance économique, a surgi durant la « guerre froide » et bien qu'il ait été proposé par des théoriciens de la métropole, il a été assumé en Amérique latine comme faisant partie des instruments disponibles pour atteindre la croissance et une alternative au socialisme. Le développement est resté entre 1945 et 1975, lorsque l'avènement du néolibéralisme a peu à peu été retiré de l'agenda des préoccupations nationales et internationales. Au début du XXI<sup>e</sup> siècle, l'échec du marché autorégulé a relancé le débat sur les problèmes du développement, ce qui oblige à examiner celui-ci avec un œil critique, tout autant que le concept même, et à montrer son caractère colonial si on veut construire des chemins sans lien avec la voie néolibérale et surmonter les problèmes qui ont fait de l'Amérique latine une des régions les plus inégalitaires du monde.

**Mots clés :** développement, croissance, industrialisation, marché autorégulé, colonial.

## VOLTAR AO DESENVOLVIMENTO

### Resumo

O desenvolvimento, categoria empregada para expressar o crescimento econômico, surge durante a “guerra fria” e, se bem foi proposto por teóricos metropolitanos, na América Latina foi incorporado como parte dos instrumentos disponíveis para se alcançar o crescimento e como alternativa ao socialismo. O desenvolvimento manteve sua vigência entre 1945-1975, quando o advento do neoliberalismo paulatinamente o retirou da agenda das preocupações nacionais e internacionais. Com o início do século XXI, o fracasso do mercado auto-regulado reposicionou o debate sobre os problemas do desenvolvimento. O que obriga a revisá-lo criticamente, o conceito propriamente dito – para mostrar seu caráter colonial –, caso se queira construir caminhos alheios ao neoliberal e superar os problemas que fizeram de América Latina uma das regiões mais desiguais do mundo.

**Palavras-chave:** desenvolvimento, crescimento, industrialização, mercado auto-regulado, colonial.

### 回归发展

#### 摘要：

“发展”的概念被用来描述经济增长，出现于“冷战”期间。尽管受到城市理论研究学者们的大力推崇，而在拉丁美洲却被视为实现增长和替代社会主义的工具之一。1945~1975年间，“发展”理论一度盛行，此后随着新自由主义的兴起，其影响在国家发展和国际关切的议程中却逐渐消退了。21世纪初，“自我调节”市场遭受失败后，再度掀起了讨论发展问题的热潮，对“发展”概念本身进行批判性修正，以揭露其殖民地特征，目标是建立与新自由主义不同的路线，并解决拉丁美洲的不平等问题，而这些问题已使得拉丁美洲成为世界上作为不平等的地区之一。

关键词：发展，增长，工业化，自我调节市场，殖民

## INTRODUCCIÓN

El conocimiento social en América Latina, en buena medida, ha sido producto del conflicto político y su producción ha estado marcada por la necesidad de pensar, comprender y explicar las múltiples, complejas y contradictorias determinantes de los procesos de transformación económica, política y social en cada momento de su historia.

El desarrollo como categoría empleada para expresar y medir el crecimiento de la economía, no es la excepción en tanto surge en el contexto de la “guerra fría”, y aunque fue propuesto en sus inicios por los teóricos de los países metropolitanos adquirió carta de naturalización en América Latina como parte de los instrumentos diseñados para ofrecer una alternativa de crecimiento económico en los marcos del capitalismo y como opción al socialismo. Esto favoreció su empleo por distintas corrientes políticas y pensadores afiliados a las diferentes escuelas de la economía, lo mismo que por gobiernos de las más diversas tendencias ideológicas. A este respecto, escribe Wolfgang Sachs:

Como un majestuoso faro que guía a los marineros hacia la costa, el ‘desarrollo’ fue la idea que orientó a las naciones emergentes en su jornada a lo largo de la historia de la postguerra. Independientemente de que fueran democracias o dictaduras, los países del Sur proclamaron el desarrollo como su aspiración primaria (Sachs, 2002: 13).

Desde su aparición, el contenido del desarrollo fue debatido profusamente pues su conceptualización mostraba ciertas limitaciones; una de ellas, era entenderlo sólo como crecimiento del producto interno bruto *per cápita* (PIB<sub>pc</sub>) en los límites del capitalismo, lo cual significaba mantener la estructura de desigualdad y exclusión social características de este modo de producción; una crítica también muy extendida, consistió en el hecho de que las teorías metropolitanas ponían el énfasis sólo en los obstáculos al desarrollo existentes en el *polo atrasado* y soslayar, así, los provocados por el *polo desarrollado*.

Si bien el desarrollo, identificado con el crecimiento económico, mantuvo su vigencia en los tres decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a finales de la década de 1970, con el advenimiento del neoliberalismo, el tema del desarrollo se retiró de la agenda de las preocupaciones nacionales e internacionales y fue reemplazado por la reflexión exclusiva sobre los problemas que traía consigo la inserción de las economías nacionales en la globalización, la competitividad y el funcionamiento del mercado autorregulado. No sin cierta ironía, en abril de 1992, desde el Banco Mundial, Paul Krugman dicta el obituario de la teoría del desarrollo, “que ya no existe, que ha muerto, abandonada en el desván de los

trastos viejos, frente a una profesión (la de economista) que se ha volcado al formalismo matemático y al equilibrio general” (Katz, 2008: 5).

Sin embargo, al iniciarse el siglo **xxi** el evidente fracaso en América Latina de la economía basada en el mercado autorregulado trajo de nueva cuenta a la agenda nacional e internacional los problemas del desarrollo, aunque ahora se pone en duda si reducirlo exclusivamente al crecimiento del PIB<sub>pc</sub> sea suficiente para permitir a nuestras naciones superar su condición dependiente y subdesarrollada. Por esto, los problemas del desarrollo y el concepto mismo, deben ser enfrentados críticamente si se pretende construir caminos ajenos al neoliberalismo y superar los seculares problemas estructurales que han hecho de América Latina una de las regiones más desiguales del mundo.<sup>1</sup>

Las presentes reflexiones y su exposición consecuente revisan el desarrollo como categoría teórico-práctica siguiendo su trayectoria lógico-histórica, en un proceso discursivo que inicia en las propuestas y el análisis de las condiciones históricas que dan lugar a la aparición del desarrollo como propuesta de diversas corrientes de pensamiento económico –la neoclásica y la keynesiana–, originadas en los países metropolitanos, haciendo énfasis en teorías como la de W. W. Rostow y su visión etapista y lineal del desarrollo, para enseguida tratar de mostrar el carácter colonial de la categoría y evidenciar el fracaso de las políticas desarrollistas. En la parte final del texto, se hacen algunas reflexiones con la pretensión de contribuir a la construcción de la agenda que permita la deconstrucción del desarrollo.

## LOS ANTECEDENTES

Durante algún tiempo, antes y después de la crisis general del capitalismo de 1929-1933, el monopolio de las explicaciones de lo que ocurría en América

---

<sup>1</sup> Un estudio reciente de la CEPAL concluye: “La región de América Latina y El Caribe es pródiga en desigualdades. El indicador agregado de distribución del ingreso es útil no sólo porque habla con elocuencia de las brechas que atraviesan la región, sino también porque detrás de las brechas de ingreso, o en ellas, se plasman brechas que se refuerzan entre sí, cual círculo vicioso. Por una parte, las brechas en materia de educación y conocimiento lo son en materia de desarrollo humano y por ello no sólo la educación es vital, sino también la nutrición, la salud preventiva y la capacitación. Las brechas en el conocimiento son brechas en el ejercicio positivo de la libertad, entendida como conjunto de capacidades para llevar adelante proyectos de vida. En la región completar la secundaria es la norma entre jóvenes del quinto quintil y la excepción entre jóvenes del primer quintil. Si se requiere la secundaria completa para acceder a opciones laborales que permitan romper la reproducción intergeneracional de la pobreza, esta brecha educativa perpetúa la desigualdad a lo largo de la vida y entre generaciones” (CEPAL, 2010: 46).

Latina y de lo que debía ocurrir en su porvenir, lo mantuvieron las teorías elaboradas fuera de la región. En ese momento, economistas de diversas corrientes –aunque fundamentalmente los afiliados a las escuelas neoclásica y keynesiana–, ejercieron una fuerte influencia en el pensamiento económico latinoamericano proponiendo, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial, centrar el estudio en los problemas del desarrollo y el crecimiento de nuestros países.

Economistas tan diversos como Joseph A. Schumpeter (1912 y 1958), Arthur Lewis (1955), Gunnar Myrdal (1957), W. W. Rostow (1960), Nicholas Kaldor (1961) y Lauchlin Currie (1966), por citar algunos de los autores conocidos en América Latina, se propusieron analizar los problemas esenciales del desarrollo al que, en general y con variantes menores, identificaron con el crecimiento del valor de la producción económica, hecho que para los economistas neoclásicos suponía la ocupación plena de los factores en un mercado en equilibrio permanente y para los keynesianos la constante expansión de la demanda efectiva mediante estímulos gubernamentales.

La corriente neoclásica, cuya influencia crece en el mundo occidental en el último tercio del siglo XIX y sufre su primer descalabro al ser incapaz de reconocer la existencia de las crisis y, en especial, ofrecer alguna explicación válida sobre la de 1929-1933, tuvo como peculiaridad la construcción de un conjunto de instrumentos analíticos basados en los postulados teóricos de la economía clásica, sólo que ahora empleados para abordar aspectos parciales del sistema económico.

En realidad, los economistas neoclásicos poco aportaron a las ideas elaboradas por sus predecesores clásicos acerca del funcionamiento del sistema económico del que analizaban una de sus partes, el mercado, con el viejo instrumental de los clásicos. Incluso, desde su aparición, la escuela neoclásica ha repetido una tautología convertida en verdad absoluta para todos los tiempos: “El precio de mercado es racional si surge en un mercado competitivo y existe un mercado competitivo si los precios son precios de mercado” (Hinkelammert, 1997: 13). El mercado se concibe así, no sólo como *inteligente* sino también, por eso mismo, como el mecanismo más eficiente para la asignación de los recursos productivos y la formación de los precios.

En síntesis y en términos generales, es posible expresar la teoría neoclásica del crecimiento a través de un:

Algoritmo de equilibrio en el que el ‘desarrollo’ se equipara con el crecimiento del producto *per cápita* y en los marcos de modelos formales en los que están ausentes las instituciones y la incertidumbre, los mercados se comportan de manera perfecta, los agentes económicos están perfectamente informados acerca del futuro, las firmas

conocen los gustos de los consumidores y tienen perfecto acceso a las funciones de producción que deben utilizar para abastecerlos (Katz, 2008: 7).

La persistencia en el mercado de un equilibrio estable y permanente se convirtió en uno de los postulados fundamentales de la doctrina neoclásica del crecimiento sustentado en el libre mercado, cuyo funcionamiento autorregulado se consideraba como la más alta expresión de racionalidad económica. Desde entonces, la visión neoclásica de la teoría del equilibrio general dominó el pensamiento económico y “Los sucesivos desarrollos tomaron la forma de mejoras o de críticas a la teoría del equilibrio”, pero nunca pasaron de ahí (Napoleoni, 1982: 11).

Los disturbios que alteran el equilibrio del mercado, se decía, provienen siempre de variables circunstanciales y externas a él, pero cuando estos *disturbios* ocurren: “El sistema pone en juego mecanismos que espontáneamente le permiten volver al equilibrio, o sea, se está en presencia de un mecanismo homeostático” (Valenzuela, 2009: 5). Sin embargo, este mecanismo se dificulta, y llega a impedirse, cuando el Estado persiste en su política intervencionista al obstruir el libre funcionamiento de la oferta y la demanda.

Para funcionar libremente y autorregularse, además de la no intervención del Estado, el mercado requiere del cumplimiento de tres supuestos *sine qua non*: *i*) Ningún vendedor o comprador puede influir en el precio; *ii*) la mercancía producida y vendida es homogénea, de ahí que el conocimiento del mercado no ofrece dificultad alguna; y *iii*) El acceso y la salida al mercado está libre de restricciones, esto es, existe movilidad perfecta de los factores de la producción (Ferguson, 1967: 485).

Metodológicamente, la propuesta del equilibrio estable invierte el proceso de construcción del conocimiento en tanto pretende someter la realidad económica a la lógica del razonamiento, con lo cual, al no partir de la realidad para construir el abstracto-concreto, es incapaz de ofrecer una explicación científica del proceso social de producción, circulación, distribución e intercambio.

## LAS PRIMERAS PROPUESTAS DE DESARROLLO

El primer economista que habló del *desenvolvimiento* económico fue Joseph A. Schumpeter, teórico de la democracia liberal y destacado economista neoclásico quien en 1912 publicó su libro *Teoría del desenvolvimiento económico* donde consideraba a éste como mero “progreso económico” y al empresario como el agente promotor de dicho progreso mediante la incorporación de *innovaciones* al sistema económico como acto empresarial (Ekelund y Hébert, 1992: 603).

Para Schumpeter, como para los economistas neoclásicos, el desarrollo es un asunto estrictamente económico y no social, ámbitos que considera ajenos entre sí: “Los hechos sociales son, al menos de inmediato, resultado de la conducta humana; los económicos, de la conducta económica [...] que tiene por objeto la adquisición de bienes mediante cambio o producción” (Schumpeter, [1912]1967: 17). De ahí que siendo el *desenvolvimiento* un hecho económico, se aleje de la esfera de lo social.

Según Schumpeter, la identidad entre el crecimiento económico y el desarrollo o “progreso económico”, ni siquiera merecía discutirse y en su artículo “Problemas teóricos del desarrollo económico”, publicado en 1958, advierte lo siguiente: “Hablo de desarrollo económico durante cualquier periodo determinado si la tendencia de los valores de un índice *per cápita* de la producción total de bienes y servicios se ha incrementado durante ese periodo” (Schumpeter, [1958]1970: 91).

Con esta definición, Schumpeter al tiempo de ofrecer una concepción economicista del desarrollo resuelve el problema derivado, sin duda, de la exigencia característica de la escuela neoclásica de medirlo todo. En este caso, Schumpeter encuentra la solución recurriendo al seguimiento del comportamiento del PIB<sub>pc</sub> en un periodo determinado y sólo cuando ese comportamiento es positivo se puede hablar de desarrollo.

Más tarde, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial, los teóricos metropolitanos comenzaron a proponer a las naciones de la periferia capitalista el abandono de su situación de subdesarrollo y avanzar en la modernización de su economía al “estilo de Occidente”. En este contexto, Arthur Lewis, economista de corte neoclásico, publica en 1955 su obra *Teoría del desarrollo económico* en la cual, desde el inicio deja expuesta su visión del desarrollo, visión que si bien reconocía la importancia de la distribución sólo enfatiza los problemas del crecimiento. Dice Lewis:

El tema de este libro es el crecimiento de la producción por habitante. Lo que sigue no depende de las definiciones previas de esos términos, aunque puede ser útil hacer algún comentario acerca de su significado. En primer lugar, deberá notarse que nuestro tema es el crecimiento y no la distribución. Es posible que crezca la producción y, sin embargo, que la masa del pueblo se empobrezca. Tendremos que considerar la relación entre el crecimiento y la distribución de la producción, pero nuestro interés primordial estriba en analizar el crecimiento y no la distribución (Lewis, [1955]1963: 9).

Convertido así el crecimiento en el problema nodal del desarrollo, los economistas metropolitanos al abordar el subdesarrollo colocaban en el centro de

sus preocupaciones analíticas los obstáculos internos a remover en los países sub-desarrollados para impulsar su crecimiento-desarrollo, reforzándose con ello la identidad entre el desarrollo y el aumento de la producción.

Con ese mismo enfoque, Gunnar Myrdal propuso a las naciones de la periferia superar la idea de ser “economías atrasadas”, concepción “completamente estática”, para sustituirla por el desarrollo que Myrdal proponía entender “como una teoría dinámica para impulsar y sostener el progreso económico y hacer buenos los supuestos de la democracia social” (Myrdal, [957]1979: 136-137).

Otro economista neoclásico, Lauchlin Currie, sintetiza lo que a su parecer son las diversas formas mediante las cuales se puede estudiar el desarrollo, todas ellas vinculadas al crecimiento, sin considerar los aspectos referidos a la distribución para concluir aceptando que la preocupación central de su obra es averiguar como acelerar el crecimiento. Al respecto, dice Currie:

Es posible estudiar el problema del desarrollo desde varios ángulos. El primero consiste en considerar cómo y por qué empieza el crecimiento. El segundo, que ha ocupado a los historiadores económicos, consiste en explicar el nivel de crecimiento a que se ha llegado, lo que constituye un ejercicio histórico y analítico. El tercero, que ha interesado a muchos escritores, consiste en la búsqueda de un patrón congruente de crecimiento que se adapte a muchos casos diferentes [...] Un cuarto enfoque consiste en investigar por qué el crecimiento no ha avanzado más rápidamente, es decir, en elaborar el diagnóstico del problema. El quinto –y la preocupación principal de este libro– consiste en averiguar cómo acelerar el crecimiento (Currie, [1966]1968: 15).

Como se puede observar, los economistas de corte neoclásico en general soslayan que el desarrollo es resultado de un proceso de transformación tanto de las relaciones sociales de producción como del modo de distribución de la riqueza, condiciones que requieren y exigen de una creciente participación social que olímpicamente ignoran.

### **EL DESARROLLO COMO MODERNIZACIÓN: ROSTOW Y LAS ETAPAS DEL DESARROLLO**

Dentro de las propuestas del desarrollo como *modernización* y en el marco de la escuela neoclásica ocupa un sitio destacado la obra del economista norteamericano W. W. Rostow, quien en 1960 publicó un libro que marcaría intensamente los debates sobre el desarrollo en América Latina. El título de la obra, *Las etapas*

*del crecimiento económico. Un manifiesto no-comunista (The Stages of Economic Growth: A non-Communist Manifesto)*, revela sin ambages su propósito y orientación: ofrecer una alternativa de desarrollo dentro del capitalismo a los países subdesarrollados que podían verse atraídos por el socialismo.

Según Rostow, el subdesarrollo es una etapa por la que todas las naciones del mundo han pasado y la transición del subdesarrollo al desarrollo puede describirse a través de una serie de etapas por las que todos los países han atravesado o deben atravesar y cuyo punto de partida es la existencia de una *sociedad tradicional*, a partir de la cual se podría iniciar el desarrollo siguiendo las mismas y sucesivas etapas que permitieron a las naciones occidentales llegar a la última etapa: la “sociedad de consumo masivo”.<sup>2</sup>

La historia de toda sociedad, sostiene Rostow, se desenvuelve por etapas y todos los países del planeta se encuentran en alguna de las siguientes cinco etapas:

1) La *sociedad tradicional*, aquella cuya estructura se desarrolla “dentro de una serie limitada de funciones de producción (...) y una actitud prenewtoniana en relación al mundo físico” (Rostow, [1960]1974: 16). En esta etapa, donde predomina la agricultura de subsistencia, se agrupa a todo el mundo prenewtoniano: “Las dinastías de China; la civilización de Mesopotamia y el Mediterráneo; el mundo de la Europa medieval” (Rostow, [1960]1974: 17).

2) La etapa de las *precondiciones para el despegue* que comprende a “las sociedades que se hallan en proceso de transición, es decir, el periodo en que se desarrollan las condiciones previas para el impulso inicial” (Rostow, [1960]1974: 18). Históricamente, la quietud anterior al resquebrajamiento de la Edad Media creó las condiciones previas para el impulso inicial en Europa

---

<sup>2</sup> Una referencia lejana de la “teoría” del desarrollo de las sociedades por etapas, se encuentra en Friedrich List, economista alemán que en 1840 publicó su libro *Sistema Nacional de Economía Política*, donde escribe: “He aquí las principales *fases* que hemos de distinguir en el *desarrollo* económico de los pueblos: *estado salvaje, estado pastoril, estado agrícola, estado agrícola y manufacturero, estado agrícola, manufacturero y comercial*” (List, 1840/1955: 11). Más adelante explica List la manera como debe transcurrir ese desarrollo apelando a la intervención del Estado: “La historia nos enseña, cómo naciones dotadas por la Naturaleza de todos los medios necesarios para alcanzar el alto grado de riqueza y poder, pueden y deben, sin entrar en contradicción consigo mismas, modificar su sistema, a medida que ellas progresan. Primero, en efecto, saliendo de un estado de barbarie gracias al libre comercio con naciones más adelantadas, y desarrollando su agricultura; después, estimulando por medio de restricciones la aparición de sus manufacturas, de sus pesquerías, su navegación y su comercio exterior” (List, 1840/1955: 109).

occidental a fines del siglo xvii y principios del xviii, lo que le dio a esa parte el mundo superioridad cultural y económica sobre el resto. De los Estados europeos, “Inglaterra, favorecida por la geografía, los recursos naturales, las posibilidades comerciales y la estructura política y social, fue la primera en desarrollar plenamente tales condiciones previas para el impulso inicial” (Rostow, [1960]1974: 18).

3) La etapa del *impulso inicial*. Esta etapa marca la:

Gran línea divisoria en la vida de las sociedades modernas (aquí) El crecimiento llega a ser su condición normal. El interés compuesto se transforma, por decirlo así, en parte integrante de sus hábitos y de su estructura institucional (y) la importación de capital constituye comúnmente una gran proporción de la inversión total (Rostow, [1960]1974: 20).

En esta etapa, un sector industrial adquiere un crecimiento diferencial e impulsa el crecimiento de los otros, arrastrando al conjunto de las instituciones sociales y políticas que se ajustan al nuevo nivel de desarrollo. La industrialización provoca la fuerte migración de trabajadores de la agricultura a la industria, del campo a la ciudad y la importancia de ésta significa que las actividades económicas y la población se concentran en sólo algunas partes del territorio. El nivel de inversión alcanza el 10% del PIB.

4) A la cuarta etapa, la denomina Rostow *la marcha hacia la madurez* y se caracteriza por un “largo intervalo de progreso sostenido” apoyado en la generalización de la tecnología moderna en el conjunto de la actividad económica. La innovación tecnológica alienta la diversificación de la actividad productiva y se amplían las oportunidades de inversión de “un 10 a un 20% del ingreso nacional se invierte continuamente, lo que permite que la producción sobrepase al aumento de la población” (Rostow, [1960]1974: 21). En ese momento, la economía encuentra un lugar en el concierto internacional y se logra hacer que los bienes antes importados se produzcan internamente.

5) Finalmente, la quinta etapa es la *era del alto consumo en masa* en la cual, “a su debido tiempo, los sectores principales se mueven hacia los bienes y servicios duraderos de consumo” (Rostow, [1960]1974: 23). El punto culminante de esta etapa, se alcanza en Estados Unidos con la implantación de la banda sin fin de montaje por Henry Ford en 1913 y “Europa occidental y Japón parecen haber entrado de lleno a esta fase en el decenio de 1950” (Rostow, [1960]1974: 24). Como se puede observar, el proceso de tránsito del subdesarrollo al desarrollo, según lo define Rostow, adopta la forma de un crecimiento lineal y ascendente

de tipo *comteano*,<sup>3</sup> que se desenvuelve a través de tres estadios históricos: *i*) el ciclo secular de la acumulación; *ii*) el ciclo de despegue; y *iii*) el ciclo de desarrollo auto sostenido.

A grandes rasgos, el modelo de Rostow sintetiza los postulados principales de las teorías metropolitanas y su carácter colonial: *a*) El subdesarrollo es un estadio o etapa de tránsito por la que atraviesan todos los países en un momento de su historia; *b*) El subdesarrollo consiste esencialmente en la carencia absoluta de recursos, y sobre todo de ahorro, inversión y tecnología; *c*) En consecuencia, el subdesarrollo está determinado por las bajas tasas de ahorro e inversión y por un largo proceso de acumulación que precede al *despegue*; *d*) Además, el subdesarrollo se caracteriza por el elevado peso de las actividades primarias, los bajos coeficientes del producto nacional por habitante, la importancia de los productos primarios en las exportaciones y de la agricultura en la ocupación de la población activa.

Por otra parte, lo esencial del modelo de Rostow radica en dos cuestiones fundamentales: *i*) su *explicación* del subdesarrollo como un problema de estadio histórico por el que atraviesan, necesariamente, todos los países y *ii*) la definición del desarrollo como el simple efecto de procesos naturales de políticas convencionales “que tienden a elevar los niveles de ahorro, inversión y productividad y producto por habitante”, sin cambios profundos en la estructura

---

<sup>3</sup> El sociólogo francés Augusto Comte (1798-1857) consideraba que, al igual que todos los organismos, las sociedades humanas se transforman y desarrollan en sistemas o estadios cada vez más complejos y mejores. El paso de un estadio a otro, si bien provoca crisis en el orden social forma parte esencial del progreso. Para Comte, la historia se explica a través de tres estadios identificados según como los seres humanos se explican los fenómenos de la realidad: el teológico o ficticio, que es el más primitivo y en el que han vivido todas las sociedades que atribuyen a los dioses todo lo que sucede, es la época de la mitología y las supersticiones; el segundo estadio, el metafísico o abstracto, donde se indaga sobre las causas de los fenómenos pero en vez de acudir a entidades sobrenaturales o imaginadas se elaboran conceptos racionales que justifican el por qué de los acontecimientos; en él, las explicaciones se buscan mediante la razón pero a través de teorías abstractas, explicaciones filosóficas surgidas de la inteligencia de los pensadores; finalmente, el tercer estadio, el científico o positivo, es según Comte el estadio último y definitivo de la sociedad y consiste no en buscar el origen o la causa –el por qué– de las cosas, sino en establecer de manera positiva las relaciones entre los fenómenos, esto es, en controlar el cómo tienen lugar. El estadio positivo corresponde a la sociedad industrial y tecnológica, en él las ciencias naturales, la observación directa de los fenómenos, el saber sólidamente asentado en la física, las matemáticas, en la biología, explica con veracidad las causas de los fenómenos. El positivismo del siglo XIX y principios del XX cree ciegamente en el progreso, su lema es “saber para prever, prever para actuar” (Bátiz, 2010: 10-11).

económica y sin necesidad de alterar las relaciones de dominación y dependencia en las que se refuerza el subdesarrollo (García, 1978: 218).

Para Rostow, el desarrollo es formalmente el tránsito de una etapa a otra y como el obstáculo para lograr ese tránsito es la escasez absoluta de ahorro y de tecnología, el problema puede resolverse mediante la elevación sostenida de los niveles y tasas de ahorro e inversión mediante la transferencia de recursos ahorro y tecnología desde las naciones metropolitanas hacia los países subdesarrollados. En consecuencia, desde la óptica de este autor, el papel básico en el crecimiento de los países subdesarrollados corresponde desempeñarlo a las metrópolis operando por medio de la inversión privada directa e indirecta, así como la transferencia de tecnología y modelos organizacionales. En estos términos, salir del subdesarrollo dependerá de la voluntad metropolitana para transferir recursos en la magnitud requerida por la economía subdesarrollada (García, 1978: 223).

Finalmente, Rostow no aclara las determinantes concretas de la búsqueda de las alternativas asequibles a la sociedad en cada momento histórico, es decir, no es capaz de señalar todo “aquello que explica la índole de las metas que ésta se fija en distintos periodos del desarrollo histórico”, en otras palabras, no explica lo que hace desear a los hombres lo que quieren en distintas sociedades, diversas épocas y momentos históricos. Y no lo podía hacer pues la respuesta a esta interrogante, señalan P. Baran y E. Hobsbawm, se encuentra en el materialismo histórico para el cual esos actos y motivaciones humanas, son resultado de una acción dialéctica entre procesos bióticos y sociales impulsados por el dinamismo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción; en cambio, “el profesor Rostow tiene la solución más sencilla de todas: no sabe cuál es la respuesta ni tampoco parece importarle” (Baran y Hobsbawm, 1978: 211-212).

## LA PROPUESTA KEYNESIANA

Ante la situación de impotencia teórica de la escuela neoclásica, surgió una propuesta que superó los postulados neoclásicos y ofreció explicaciones sobre los orígenes de las crisis, para luego convertirse en una especie de guía práctica para impulsar el crecimiento económico. En 1936 se publica la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* del inglés John Maynard Keynes, quien inicia deslindándose de la economía clásica “que domina el pensamiento económico, tanto práctico como teórico, de los académicos y gobernantes de esta generación igual que lo ha dominado durante los últimos cien años” (Keynes, [1936]1984: 15).

Para empezar, Keynes rechaza la visión del equilibrio general planteada por la escuela clásica y la neoclásica, que al no ser sino una generalización del análisis

microeconómico sus postulados resultan insuficientes cuando se pretende hacerla representativa del funcionamiento de la economía en su conjunto, pues sólo puede ser aplicada a un caso particular en tanto “las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio”. De esto, concluye Keynes: “Las características del caso especial supuesto por la teoría clásica no son las de la sociedad económica en que hoy vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales” (Keynes, [1936]1984: 15).

Si la escuela neoclásica, tanto como la clásica, está alejada de los hechos reales, si aleja al Estado de la vida económica y es incapaz de explicar lo que ocurre en la realidad, Keynes propondrá un aparato instrumental que reconoce la necesidad de regular al mercado mediante variables económicas mensurables, manejables y susceptibles de ser transformadas en instrumentos útiles para la política económica.

Las propuestas de Keynes y posteriormente de sus seguidores, ponen el acento sobre la influencia que podría tener una política de gasto público compensatoria para poner en movimiento al sistema económico, propuesta que logró una buena acogida entre los gobiernos latinoamericanos que encontraban así una opción viable para actuar deliberadamente en pos de la superación del subdesarrollo, cuya característica era la desocupación de los factores de la producción y la pobreza generalizada por la falta de inversión productiva.

Keynes partía de reconocer que, por sí mismo, el mercado es incapaz de sostener proyectos estratégicos de largo plazo y, por tanto, postulaba la intervención del aparato gubernamental en la economía para sostener mediante su gasto la demanda efectiva determinante en la inversión productiva.

Asumida esta propuesta por buena parte de los gobiernos de la región, se tradujo en una estrategia sustentada en medidas de política encaminadas a fortalecer la demanda efectiva con el fin de ofrecer los estímulos necesarios a los dueños del capital para que destinaran su ahorro a mantener constante la expansión de la inversión productiva y el empleo.

Keynes, sin embargo, no elaboró un *modelo de crecimiento-desarrollo* pues su enfoque fue fundamentalmente estático y de corto plazo; en cambio, el instrumental analítico que aportó fue utilizado por numerosos economistas para elaborar una amplia gama de modelos de crecimiento que inició formalmente la llamada macroeconomía dinámica, estrechamente vinculada a la economía del crecimiento-desarrollo asumida por diversos gobiernos en América Latina. En todo caso, el keynesianismo mantuvo la identidad crecimiento-desarrollo de la economía neoclásica, aunque su estrategia para lograrlo fuera significativamente diferente.

La intervención del Estado en el proceso económico, permitió a lo largo de las tres décadas que van de 1945 a 1975 la apresurada expansión de la economía capitalista, lo que devolvió la confianza en la posibilidad de conseguir no sólo un crecimiento económico sostenido de largo plazo, sino también la certeza en el aumento constante de la inversión, la productividad, el progreso tecnológico, el empleo y el consumo. En ese momento de expansión capitalista: “Los economistas occidentales vieron decaer su interés por el ciclo económico y se dedicaron más plenamente a la búsqueda de las claves del crecimiento económico interno. En esas circunstancias surgió la economía del desarrollo” (Galindo y Malgesini, 1994: VIII-IX).

El diseño macroeconómico para el desarrollo, anota Celso Furtado, era simple: “A medida que aumenta la productividad, aumenta el ingreso real social, esto es, la cantidad de bienes y servicios a disposición de la colectividad” (Furtado, [1967]1968: 119). En este caso, el aumento de la productividad —que su vez incrementa el ingreso de los factores productivos— y el fortalecimiento de la demanda efectiva —propulsora de la inversión—, desempeñan un papel determinante en la política económica que: “Se transformó en política de crecimiento económico, cuyo producto podía servir, a través de medidas de política social correspondientes, a la integración de todos en la vida social” (Hinkelammert, 1997: 13).

La política económica para el crecimiento debía evitar que los incrementos del producto se concentraran, y procurar su mejor distribución entre los factores, de manera que se garantizara la dinámica de la economía destinando recursos suficientes para los nuevos incrementos en la inversión y en el consumo privado.

La propuesta de la dinámica macroeconómica surgida con el keynesianismo, la resume Celso Furtado de la siguiente manera:

Una parte sustancial del incremento del producto deberá transformarse en ingreso disponible para el consumo, en manos de la población, para que la economía pueda seguir creciendo. A fin de que las inversiones prosigan, es necesario que aumente el consumo, y esa interdependencia fija el límite de la proporción del producto que una economía de libre empresa dedicará espontáneamente a la inversión (Furtado, [1967]1968: 131).

Si el incremento del producto no se tradujera en un mayor ingreso disponible sino exclusivamente en mayores ganancias, se reducirá la demanda efectiva de tal suerte que no habrá incentivos suficientes para elevar la inversión productiva, lo que conduciría al estancamiento económico. De ahí la necesidad de políticas redistributivas que mejoren el ingreso de la población —aun a costa de disminuir las ganancias— para sostener una demanda efectiva suficiente capaz de convertirse en estímulo a la inversión y al crecimiento.

Al reconocer que las actividades industriales permitían lograr con mayor rapidez y cuantía los aumentos en la productividad, se fortaleció el criterio de identificar al crecimiento con el desarrollo y a éste con la industrialización, que en su momento había permitido elevados índices de crecimiento a la economía de los países desarrollados. Esta certeza, condujo a los gobiernos de los países de América Latina a insistir en la aplicación de políticas deliberadas de expansión industrial por medio de la política de industrialización por sustitución de importaciones (ISI).<sup>4</sup> Desde ese momento, “La preocupación fundamental de la teoría de crecimiento se centra en la influencia que tiene la inversión sobre el crecimiento del ingreso, el equilibrio dinámico y la ocupación” (Sunkel y Paz, 1970: 30).

La experiencia, sin embargo, mostró que a pesar de haberse logrado en América Latina significativas tasas de crecimiento económico durante la postguerra, las condiciones de vida de la población no mejoraron y en algunos casos empeoraron. Incluso, la evidencia empírica hizo admitir a muchos analistas que el crecimiento podía producirse sin consecuencias sociales positivas para la sociedad, de ahí que hacia los años ochenta el desarrollo económico y el desarrollo social se distanciaron aún más, manteniéndose el primero: “Como un aumento rápido y sostenido del producto real por habitante con los consiguientes cambios en las características tecnológicas, económicas y demográficas de la sociedad”; y el segundo, como un concepto más cercano al mejoramiento del bienestar de la población (Castro, 2004: 4) o bien como las acciones gubernamentales empeñadas en atender los impactos sociales negativos que traía consigo el crecimiento económico.

Bajo estas premisas, Nicholas Kaldor, representante de las corrientes postkeynesianas, en su libro *Ensayos sobre el desarrollo económico* (1961) sostiene que su análisis se refiere a la teoría del crecimiento “a fin de demostrar en qué forma puede ser útil para deducir ciertos principios que sirvan de guía a la política económica en cuanto al desarrollo acelerado” (Kaldor, 1961: 12).

---

<sup>4</sup> En algunos países de América Latina la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), se inició en la década de los treinta (Foxley, 1980: 12); en México, no será “sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando la sustitución de importaciones pasa a formar parte de una política de industrialización más o menos bien definida”. Desde el punto de vista oficial, el objeto de la sustitución de importaciones fue propiciar el crecimiento industrial del país mediante la promoción de nuevas industrias (aquellas que sustituyen importaciones), las cuales contribuirían a un aumento generalizado de la tasa de crecimiento del sector industrial y, por tanto de la economía en su conjunto (Trejo, 1973: 152).

En su obra, Kaldor enfatiza la idea de la política económica para impulsar el crecimiento poniendo en duda la capacidad del mercado para estimular el crecimiento y propone “ciertos principios” para dirigir la intervención del Estado en el proceso de desarrollo económico, identificándolo también con el crecimiento.

Las propuestas de Kaldor, que refuerzan el significado de la industria en el desarrollo económico, se van a expresar en tres “principios”: 1) “Existe una gran relación entre las tasas de crecimiento del PIB y la de la producción de bienes manufacturados”; 2) “El crecimiento de la productividad en el sector manufacturero, está correlacionado de una forma positiva con el crecimiento de la producción en ese sector” y, 3) Entre las causas por las cuales existen diferencias en las tasas de crecimiento de la producción manufacturera, adquieren una gran importancia en la oferta y la demanda: el consumo, la inversión y las exportaciones manufacturadas (Galindo y Malgesini, 1994: 60).

Así, la industrialización, especialmente en Kaldor pero también en todos los economistas keynesianos, se identificó como la forma más rápida de resolver el problema del crecimiento y el empleo, es decir de alcanzar el desarrollo superando la pobreza y disminuyendo la inequidad social.

En todo caso, Keynes y los keynesianos dejaron ver que la única vía “natural” del crecimiento era el desarrollo, es decir, el crecimiento y expansión del capitalismo sustentado en la ISI, estrategia que incluso en su momento fue compartida por la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL).<sup>5</sup>

Finalmente, tanto las propuestas neoclásicas como las keynesianas para lograr el desarrollo, al colocar el énfasis en el tránsito desde una sociedad atrasada o tradicional o feudal con bajos niveles de consumo hacia otra moderna, desarrollada y capitalista de consumo masivo; partían de suponer que los problemas por resolver provenían sólo del *polo atrasado* y, en consecuencia, concentraban la atención en el análisis de los obstáculos al desarrollo observables al interior de los países atrasados con lo cual soslayaban uno de los factores determinantes en la estructura productiva del subdesarrollo: la dependencia hacia el sector externo como fuente de desigualdad y atraso.

De esta forma, las teorías del desarrollo provenientes en esa época de los países metropolitanos, se limitaban a describir el tránsito desde una sociedad atrasada a otra desarrollada, bastando con remover los obstáculos que se levantaban

---

<sup>5</sup> Según Ruy Mauro Marini, “La tesis de la industrialización sustitutiva de importaciones representó un elemento básico en la ideología desarrollista, cuyo epígono fue la CEPAL; el trabajo clásico en este sentido es el de María da Concepción Tavares, sobre la industrialización brasileña, publicado en marzo de 1964” (Marini, 1973/1977: 55, núm. 33).

en las sociedades atrasadas impidiendo su propio desarrollo, sin contemplar los problemas derivados de la dependencia.

## **EL DESARROLLO COMO CATEGORÍA COLONIAL**

Del análisis realizado sobre las propuestas metropolitanas para alcanzar el desarrollo, se puede concluir que esta categoría fue construida de acuerdo a las visiones y necesidades de los países centrales, que proponían a las naciones subdesarrolladas concentrarse en la realización de los esfuerzos necesarios para crecer y alcanzar la forma de vida, así como la organización económico-social de los países desarrollados, única vía posible para salir del subdesarrollo, identificado por la diferencia existente entre los indicadores de la periferia con el centro. De esta forma los registros cuantitativos de las naciones desarrolladas se convirtieron en la medida de lo bueno y lo malo, del desarrollo y el subdesarrollo.

Quienes desde los países desarrollados analizaban la realidad del subdesarrollo y proponían los caminos para dejarlo atrás afirmaban que si los mayores niveles de crecimiento y las mejores formas de vida se concentraban en Estados Unidos y Canadá, así como en las naciones de Europa central y noroccidental, se debía a que su cultura era superior a la de los países subdesarrollados. En consecuencia, mientras la cultura occidental representaba al desarrollo, el resto del mundo era subdesarrollado.

Así se comenzó a entender que el crecimiento económico, identificado con el desarrollo, dependía en mucho de las actitudes asumidas por la sociedad ante “el trabajo, la riqueza, el ahorro, la procreación, la invención, los extranjeros, la aventura, etcétera”, actitudes todas provenientes de “fuentes profundas de la mente humana” (Lewis, [1955]1963: 14).

En todo caso, el subdesarrollo era una especie de actitud mental negativa frente a los factores que en Estados Unidos y Europa habían sido detonantes del desarrollo. Con esto, buena parte de los estudios sobre el desarrollo tenían como propósito explicar las razones por las cuales esas actitudes inhibían el crecimiento, llegándose a concluir que la incompatibilidad entre las naciones del centro y la periferia dependía de las “diferencias de ambiente natural, clima, raza” o de la ausencia de tecnología o de instituciones que alentaran el desarrollo. Al respecto, escribía el ya mencionado Arthur Lewis:

Un país puede ser subdesarrollado en el sentido de que su tecnología es atrasada, cuando se la compara con la de otros países, o en el sentido de que sus instituciones son relativamente desfavorables a la inversión, o en el sentido de que sus recursos de

capital por habitante sean escasos, si se comparan, digamos, con los de los países de Europa occidental, o en el sentido de que la producción por habitante es baja, o de que tiene valiosos recursos naturales (minerales, agua, suelo) que no ha comenzado a utilizar (Lewis, [1955]1963: 20).

En general, las conclusiones de los análisis realizados por los economistas, tanto los de corte neoclásico como keynesiano, eran contundentes: el dato duro mostraba las diferencias cuantitativas entre el subdesarrollo y el desarrollo. En el primero se carece de los niveles de ahorro prevalecientes en las naciones desarrolladas y el existente, siempre escaso, es dilapidado en gastos suntuarios que impiden su uso productivo; la escolaridad en el subdesarrollo es muy baja, lo cual determina el predominio de “una actitud prenewtoniana en relación con el mundo físico”, que desconoce las ventajas de las aplicaciones tecnológicas al proceso productivo; la corrupción, que se dice inexistente en los países del centro, es un cáncer en la periferia y mientras las sociedades desarrolladas creaban instituciones promotoras del crecimiento económico y la productividad, en el subdesarrollo se mantienen y crean instituciones que son un obstáculo más al desarrollo y, en el colmo, se llegaron a elaborar diversas “teorías científicas” para demostrar que en las diferencias entre el desarrollo y el subdesarrollo contaban de manera determinante las diferencias raciales.

En todo caso, las naciones desarrolladas a través de sus “teóricos” y “científicos” convocaban a los países subdesarrollados a ser, en lo posible, como ellas, a vencer prejuicios, superar sus culturas primitivas y su civilización atrasada, a seguir los mismos caminos que las sociedades occidentales y, para el efecto sus teóricos, neoclásicos y keynesianos, ofrecieron el instrumental que les facilitaría cómo hacer las cosas.

Los indicadores contruidos para mostrar el crecimiento económico y los niveles de bienestar alcanzado por los países centrales, desconocían la diversidad y pretendían homogeneizarla terminando por caracterizar al subdesarrollo como un conjunto de índices cuantitativos inferiores o negativos a los superiores y positivos existentes y elaborados en las sociedades desarrolladas del mundo occidental.

De la comparación de esos indicadores se concluía que el subdesarrollo era, simplemente, una etapa inferior del desarrollo por la que todos los países han pasado, etapa que sólo podía superarse si la sociedad “tradicional” y subdesarrollada era capaz de asumir los valores de la cultura cristiano-occidental. En palabras de Samuel Huntington:

El mundo es en cierto modo dos pero la distinción principal es lo que se hace entre Occidente como civilización dominante hasta ahora y todas las demás, que, sin

embargo, tienen poco en común entre ellos por decir nada. El mundo, dicho brevemente, se divide en un mundo occidental y muchos no occidentales (Huntington, [1995]2005: 43).

En todo caso, el problema de las naciones no occidentales es cómo superar el subdesarrollo y la solución única es el ser lo más parecidas a Occidente. En particular, cuando América Latina se hizo objeto de estudio de los teóricos metropolitanos, sus análisis más que atender a las peculiaridades de la región enfatizaban todo aquello en lo que no era igual a las naciones desarrolladas, poniéndose como ejemplo de incapacidad cultural y vicio deplorable las distintas formas de resistencia nativa a ser semejantes a las naciones occidentales desarrolladas que presumían tener, por ejemplo, una poderosa “cultura del ahorro” que les permitía disponer de cuantiosos recursos para ser invertidos productivamente o cultivar elevados conocimientos científicos y tecnológicos para ser aplicados a los procesos productivos –actitud impensable en el mundo del subdesarrollo–, además de tener un ideal cultural y civilizatorio individualista y modernizante, inexistente en la América Latina comunitaria y aferrada a una cultura que no corresponde a la necesaria modernidad exigida por el desarrollo.

Sería Harry S. Truman, presidente de Estados Unidos entre 1945 y 1952, quien dividiría al mundo en dos partes: el desarrollo y el subdesarrollo, sugiriéndose desde el poder imperial que esta última –de grado o por fuerza– debería seguir el modelo de crecimiento de la primera (Gonçalves, 238: 45). De esta manera, cuantificando los déficits existentes en los países de la periferia respecto de los indicadores elaborados y utilizados por las naciones europeas y estadounidenses para medir su propio desarrollo, se determinaba el grado de subdesarrollo de las naciones periféricas.

Ante esta situación, la alternativa propuesta por Rostow de comprender el subdesarrollo como la etapa inicial por la que habían pasado todas las sociedades y emprender el despegue para superarla asumiendo los valores de la cultura occidental, es decir, abandonando los orígenes y dejando de ser lo que son para convertirse en naciones que asumen la racionalidad capitalista e iniciar así su historia, se ofrecía no sólo como la mejor opción sino como la única para alcanzar el desarrollo. Por supuesto, América Latina no pertenece a la civilización occidental y su historia se inició cuando “fue descubierta” por y para el capitalismo (Huntington, [1995]2005: 53).

Entendido así el mundo, el desarrollo terminó por concebirse como una especie de cruzada civilizatoria que enfrenta a la barbarie representada por las culturas ajenas a la occidental, condición que terminaba por impedir su

desarrollo;<sup>6</sup> en cambio, “La expansión de Occidente ha promovido tanto la modernización como la occidentalización de las sociedades no occidentales” (Huntington, [1995]2005: 92).

Pero el desarrollo, tal y como fue propuesto por Occidente, no sólo tenía el propósito de permitir a los pueblos no occidentales abandonar el subdesarrollo, sino que también se alejaban del comunismo.

En plena *guerra fría*, el presidente de Estados Unidos John F. Kennedy revelaría el significado colonial de su política de “ayuda para el desarrollo” y en 1961 diría: “La ayuda exterior es un método por el cual Estados Unidos mantiene una posición de influencia y control en el mundo y sostiene a bastantes países que sin ella se habrían hundido definitivamente o pasado a formar parte del bloque comunista” (Hayter, 1972: 13).

El anticomunismo fue la impronta de la relación sostenida por los gobiernos occidentales con las naciones subdesarrolladas de América Latina a lo largo de toda la segunda mitad del siglo xx.

Una vez clasificados nuestros países como subdesarrollados, la colonialidad se reforzó con la tarea que los poderes del centro impusieron a los pueblos de la periferia: dejar de ser como eran y emprender la vía del desarrollo capitalista; se trataba de dejar de ser *nosotros*, para asemejarnos a *ellos*. Se planteaba, entonces, como la tarea fundamental el cambio de actitud frente al desarrollo, condición indispensable para lograr abandonar el subdesarrollo y pasar a formar parte del mundo civilizado capitalista y occidental.

Surge así el desarrollo como una especie de generosa oportunidad ofrecida por los países más desarrollados del capitalismo a los países latinoamericanos que ávidamente buscaban fórmulas para superar sus problemas seculares de pobreza, desigualdad y exclusión.

El desarrollo mediante la industrialización se ofrecía a los países subdesarrollados como “la vía” para crecer y modernizar sus patrones de producción y

---

<sup>6</sup> De acuerdo con Samuel Huntington: “La idea de civilización fue elaborada por pensadores franceses del siglo xviii como opuesta al concepto de ‘barbarie’. Una sociedad civilizada difería de una sociedad primitiva en que era urbana, alfabetizada y producto de un acuerdo. Ser civilizado era bueno, ser incivilizado era malo. El concepto de civilización proporcionaba un criterio para juzgar a las sociedades, por lo que durante el siglo xix los europeos dedicaron mucha energía intelectual, diplomática y política a elaborar los criterios por los que las sociedades no europeas se podían juzgar suficientemente ‘civilizadas’ para ser aceptadas como miembros del sistema internacional dominado por los europeos” (Huntington, 1995/2005: 47-48).

consumo, así como evitarles caer bajo los ensueños del comunismo. De esta manera, soslayando su historia de pillaje y explotación colonial, pero sobre todo la condición dependiente de las naciones latinoamericanas, Estados Unidos y las economías más desarrolladas del capitalismo europeo, construyeron el mito de su idílico proceso de desarrollo y propusieron la “ayuda” externa y la industrialización como la única vía legítima del desarrollo latinoamericano.

De acuerdo con lo anterior, y a la manera como se propuso la estrategia de crecimiento económico por los economistas neoclásicos y los keynesianos, podemos concluir con Walter Gonçalves en que el desarrollo, en tanto concepto, se construyó como “una idea colonial en el sentido más preciso de la palabra” (Gonçalves, 2009: 45). Y lo fue así porque en ningún caso se proponía un crecimiento endógeno, sustentado en el mercado, los recursos y los avances científicos y tecnológicos internos; por el contrario, a partir de advertir que en nuestras naciones se carecía de esos “motores del crecimiento” se proponía obtenerlos recurriendo a los países metropolitanos, siempre dispuestos a colocar sus inversiones donde el capital escasea, abunda la fuerza de trabajo y aún existen recursos naturales por explotar en bien de la modernidad y el capitalismo.

Esa dimensión colonial del *desarrollo*, se refiere también a la manera como se ve el mundo de la periferia desde el balcón de los países centrales:

Es la mirada del mundo que se realiza desde el centro de la construcción imperial; es la mirada desde la cual —a partir de la naturalización del orden existente— se establece la construcción jerárquica de tiempos históricos, de pueblos, de culturas, de las llamadas razas; es la mirada que clasifica al conjunto de la humanidad en un orden jerárquico en el cual hay pueblos inferiores y pueblos superiores, pueblos que están en el presente y pueblos que están en el pasado. Construcción que, a su vez, es la expresión de la construcción jerárquica del orden colonial (Lander, 2004: 170).

Aún más, en el pensamiento metropolitano sobre el desarrollo, “la sociedad liberal industrial aparece como el modelo del orden social moderno y es el camino hacia el cual inexorablemente avanza la humanidad, el patrón de referencia que permite constatar la inferioridad o el atraso de los demás” (Lander, 2004: 171).

La imposición de la idea del desarrollo por la vía única del capitalismo en América Latina no fue un proceso sencillo, en tanto diversos pensadores la reconocían como una propuesta que planteaba a los países dependientes un camino imposible de seguir, si se considera que el desarrollo de Estados Unidos o de los países europeos se había dado en condiciones históricas totalmente diferentes a las que determinaban en esos momentos el subdesarrollo.

## FRACASO Y CRISIS DEL DESARROLLISMO LAS CRÍTICAS DEPENDENTISTA Y CEPALINA

Si bien la política económica inspirada en las propuestas keynesianas y la experiencia de la ISI impulsada por la CEPAL —que por cierto aportó a sus análisis el efecto del intercambio desigual como uno de los factores determinantes del subdesarrollo—, permitió eliminar buena parte de los obstáculos al desarrollo atribuidos a las sociedades tradicionales, también creó nuevos problemas y tensiones que impedían, finalmente, que el crecimiento logrado, incluso a tasas elevadas, se tradujera en bienestar social y los países subdesarrollados dejaran de serlo.<sup>7</sup>

En América Latina, la situación social a lo largo de la década de 1960 no permitía ningún optimismo respecto a las bondades del desarrollo por la vía capitalista: el elevado crecimiento alcanzado no se traducía en bienestar. Algunos datos, si bien reflejan pálidamente esa situación hacen fehaciente el fracaso de las políticas de desarrollo. Al finalizar la década de 1960, cuando América Latina alcanzaba aproximadamente los 300 millones de habitantes, el 60% de ellos obtenía el 22% del ingreso total; el 30%, disponía del 33% a su vez, el 9.9% de la población lograba el 29% del ingreso y el 0.1% (es decir, no más de 300 mil personas) se quedaba con el 16% del ingreso total, es decir, apenas 10% de los latinoamericanos concentraba el 45% de los ingresos generados en la región en 1970 (Sidicaro, 1975: 13).

Por las mismas fechas, las Naciones Unidas (ONU) advertían que la esperanza de vida al nacer, “reflejaba profundos desniveles”. Por ejemplo, mientras ese indicador significaba 70 años en los países centrales, en Haití era de 45 y en Guatemala 49 años; pero si se nacía en un país subdesarrollado latinoamericano dentro de los sectores de mayores ingresos, la esperanza de vida alcanzaba un promedio que iba de los 65 a la 70 años; en tanto, quienes nacían en el grupo de menores ingresos apenas si vivían entre los 30 y los 45 años (*Handbook of International Statistics*. ONU, 1972, citado por Sidicaro, 1975: 10).

---

<sup>7</sup> De acuerdo con cifras proporcionadas por Celso Furtado, teniendo como fuente de información datos provenientes de la CEPAL, entre 1960 y 1970 el Producto Interno Bruto (PIB) de América Latina creció a una tasa promedio anual de 5.6%; en ese mismo lapso, nueve países: Bolivia (5.6%); Brasil (6.0%); Colombia (6.2%); Costa Rica (6.8%); El Salvador (5.8%); México (7.1%); Nicaragua (7.3%); Panamá (8.1%) y Venezuela (5.6%), tuvieron un crecimiento igual o superior a la media (Furtado, 1971/2001: 79).

De esta manera, a inicios de la década de 1970 era evidente el fracaso del desarrollismo, que en sus diferentes versiones suponía “que los problemas económicos y sociales que aquejaban a la formación social latinoamericana se debían a una insuficiencia de su desarrollo capitalista y que la aceleración de éste bastaría para hacerlos desaparecer” (Marini, [1973]1977: 57).

La crisis teórica neoclásica y keynesiana, tanto como la situación social latinoamericana, dieron lugar al surgimiento de la crítica al *desarrollismo* y una de las primeras en hacerla fue la teoría de la dependencia. En efecto, escribe el brasileño Theotonio Dos Santos:

De tal crisis nació el concepto de dependencia como posible factor explicativo de esta situación paradójica. Se trata de explicar por qué nosotros no nos hemos desarrollado de la misma manera que los países hoy desarrollados. Nuestro desarrollo está condicionado por ciertas relaciones internacionales que son definibles como relaciones de dependencia. Esta situación somete nuestro desarrollo a ciertas leyes específicas que lo califican como un desarrollo dependiente (Dos Santos, 1974: 31).

La realidad latinoamericana de ese momento mostraba que el subdesarrollo no tenía como causa la insuficiencia del desarrollo capitalista y, por tanto, había que obtener conclusiones de esta experiencia. Una de ellas consistió en reconocer que el subdesarrollo no significaba falta de industrialización sino que la puede incluir.

Pero la industrialización, si bien permite una cierta diversificación de la estructura productiva, al mismo tiempo mantiene, reproduce y profundiza los factores determinantes de la dependencia, entre otros: asimetría en las relaciones con los países centrales, acentuándose el intercambio desigual; control de la economía por el capital extranjero, que implicaba la ampliación de la extracción del excedente; falta de autonomía de las clases dominantes internas; deterioro de las condiciones de vida de la población, así como su exclusión política y social que violenta las posibilidades de las relaciones políticas como forma de solucionar los conflictos entre las clases; profundización de las desigualdades regionales y elevada concentración del ingreso.

Además, para los dependentistas las condiciones históricas de ese momento no correspondían a las que dieron origen al modelo industrializador clásico. En consecuencia, el concepto de desarrollo carece de sustento científico porque los neoclásicos y keynesianos no lo comprenden como “proceso histórico” y, por lo tanto, proponen prácticas pasadas y deja de analizarse como una experiencia específica que transcurre bajo determinadas condiciones históricas (Dos Santos, 1974: 12). Al respecto, enfatiza Theotonio Dos Santos:

Las sociedades capitalistas desarrolladas corresponden a una experiencia histórica, completamente superada, sea por sus fuentes básicas de capitalización privada basada en la explotación del comercio mundial, sea por la incorporación de amplias masas trabajadoras a la producción industrial, sea por la importancia del desarrollo tecnológico interno de estos países. Todas esas condiciones históricamente específicas no se pueden repetir ahora (Dos Santos, 1974: 11).

Esta observación de Theotonio Dos Santos, del desarrollo como proceso único e irrepetible, de ninguna manera pretende ser una especie de propuesta metafísica sino que su intención radica en rechazar las tentaciones imitativas y expresar la viabilidad de las vías propias e históricamente determinadas, sin dejar de observar las experiencias derivadas del proceso seguido por las naciones más industrializadas, cuyo proceso de desarrollo corresponde a experiencias históricas específicas ya superadas tanto por sus fuentes básicas de capitalización, basada en el comercio mundial, como por la incorporación de amplias masas de trabajadores a la producción industrial e incluso por la importancia del desarrollo tecnológico interno.

En pocas palabras, para los dependentistas ni el desarrollo ni el subdesarrollo se consideran etapas que puedan superarse con determinadas acciones de política económica o siguiendo un modelo previo, sino mediante procesos históricos surgidos de situaciones históricas concretas. Así, para Dos Santos:

El desarrollo no es, pues, una cuestión técnica ni tampoco una transición dirigida por tecnócratas o burócratas hacia una sociedad definida por modelos más o menos fundamentados en la abstracción formal de experiencias pasadas. El desarrollo es una aventura de los pueblos y cabe definirlo y estudiarlo con una amplitud de vista y de enfoque que rebase los límites de los técnicos, burócratas y académicos (Dos Santos, 1974: 13).

Por su parte, la CEPAL mostró que la hipótesis de los beneficios que ofrece la teoría clásica del comercio internacional –sustentada en la especialización y la división internacional del trabajo–, en el sentido de permitir a todas las naciones participantes del intercambio mercantil la obtención de ventajas mutuas, no se cumple.

Por el contrario, en el comercio internacional ocurre una constante baja en los precios de los productos primarios –llevados al mercado mundial por los países de la periferia– respecto de los precios de las manufacturas –producidas y comercializadas por las economías centrales–, lo que significa que el comercio entre naciones además de implicar el traslado de excedente de las economías

agroexportadoras hacia las industrializadas, trae consigo el deterioro correlativo de los salarios y de los niveles de vida debido a los bajos ingresos de la población, situación determinada por los reducidos índices de productividad existente en las economías periféricas.

De acuerdo con Raúl Prebisch, quien fuera uno de los teóricos más influyentes de la CEPAL, la teoría clásica del comercio internacional condenaba a las naciones periféricas a ser eternamente subdesarrolladas, es decir, primario-exportadoras, pobres y dependientes.

Para superar esta situación, la CEPAL propone la industrialización de la periferia como la única salida al atraso. Al respecto, aseguraba Prebisch:

La realidad está destruyendo en la América Latina aquel pretérito esquema de la división internacional del trabajo que, después de haber adquirido gran vigor en el siglo XIX, seguía prevaleciendo doctrinariamente hasta muy avanzado el presente.

En ese esquema a la América Latina venía a corresponderle, como parte de la periferia del sistema económico mundial, el papel específico de producir alimentos y materias primas para los grandes centros industriales. No tenía ahí cabida la industrialización de los países nuevos. Los hechos, sin embargo, la están imponiendo (Prebisch, [1949]1982: 99).

Así, mientras el progreso técnico se concentra en los países centrales, las ventajas del desarrollo de la productividad nunca llegan a los países de la periferia. Esta situación puede comprobarse con las grandes diferencias en los niveles de vida entre los países del centro y la periferia, así como con las discrepancias entre su respectiva fuerza de capitalización, “puesto que el margen de ahorro depende primordialmente del aumento en la productividad”. En todo caso, concluye Prebisch: “La idea de que la tendencia del capitalismo a expandirse planetariamente traería consigo, de manera espontánea, el desarrollo de la periferia, ha sido un mito” (Prebisch, 1980: VII).

Finalmente, romper con las ideas neoclásicas para proponer, por ejemplo, la regulación e intervención social en la actividad económica, así como el impulso a la sustitución de importaciones por parte del Estado o reconocer al subdesarrollo como una condición determinada por la estructura económica y no como etapa del desarrollo, le permitió a Prebisch y a la CEPAL desarrollar su teoría sobre el intercambio desigual entre el **centro** y la **periferia** como llamaban, respectivamente, al Occidente industrializado y al Tercer Mundo exportador de materias primas. Con ello, la teoría de desarrollo adquirió nuevos horizontes y abrió distintos caminos a los planteados originalmente por los economistas metropolitanos.

## REFLEXIONES FINALES

Al reconocer que el tiempo histórico no es lineal y que en nuestras sociedades no existe la posibilidad de seguir la vía trazada por los países que, según sus propios indicadores, tienen hoy los más altos índices de desarrollo, corresponde a los latinoamericanos construir una teoría propia donde se reconozca a los pueblos como el sujeto promotor del cambio y usufructuario único de sus resultados.

Algunos de los elementos indispensables en la agenda del necesario debate implicado en la construcción de una nueva teoría del desarrollo, pueden ser, entre otros: el tipo de Estado y democracia que requiere el desarrollo, así como de la decisión de cuánto y en dónde debe intervenir el Estado; a su vez, la agricultura que fue poco atendida en las teorías metropolitanas del desarrollo, debe ocupar un lugar de la mayor importancia en las teorías futuras del desarrollo, pues como advierte Ugo Pipitone: “No existe a escala mundial ninguna experiencia en que el desarrollo industrial resultara sustentable en el largo plazo, y se convirtiera en factor de integración productiva nacional, sin que tuviera a sus espaldas estructuras agrícolas al mismo tiempo eficientes y de amplias bases sociales” (Pipitone, 1997: 18). Sin duda, en un nuevo proyecto de desarrollo el campo debe ser incorporado sin falta para hacer de la agricultura fuente de creación de valor y oportunidad de empleo; algo más: como es evidente que el modo de producción capitalista ha provocado la degradación ambiental y el agotamiento de los recursos naturales, un nuevo proyecto de desarrollo debe contemplar una vida social en armonía con la naturaleza; otro elemento de singular importancia en esta agenda para el desarrollo, es el impulso a un proceso de integración regional capaz de potenciar el desarrollo soberano de las naciones latinoamericanas. La integración sin sometimiento, no sólo es necesaria sino posible.

En fin, esa nueva teoría del desarrollo, sin desconocer otras experiencias, debe recoger fundamentalmente las formulaciones teóricas forjadas en América Latina, sus luchas y anhelos siempre pospuestos y ofrecer una vía legítima para construir una sociedad igualitaria, incluyente, fraterna, solidaria y democrática.

## BIBLIOGRAFÍA

Baran, Paul y Eric J. Hobsbawm, “Las etapas del crecimiento económico de W. W. Rostow”, en Alonso Aguilar, Paul A. Baran, Antonio García y otros, *Crítica a la teoría económica burguesa*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1978, pp. 196-213.

- Bátiz V., Bernardo, “La decepción de los optimistas”, México, *La Jornada Semanal*, Suplemento Cultural de *La Jornada*, núm. 823, 12 de diciembre de 2010.
- Castro Barrientos, Néstor, *Crecimiento y desarrollo económico. Caracterización, obstáculos y posibilidades para el crecimiento y desarrollo de América Latina*, Maracaibo, Venezuela, Universidad del Zulia, Centro Experimental de Estudios Latinoamericanos, 2004.
- CEPAL, *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y El Caribe, CEPAL/ONU, 2010.
- Currie, Lauchlin, *Desarrollo económico acelerado. La necesidad y los medios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966/1968.
- Dos Santos, Theotonio, *Dependencia económica y cambio revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Argentina, Ediciones El Viejo Topo, 1974.
- Ekelund, Robert y Robert Hébert, *Historia de la teoría económica y de su método*, México, McGraw Hill, 3ª ed., 1992.
- Foxley, Alejandro, *Experimentos neoliberales en América Latina*, Santiago de Chile, Albafeta Impresores, Colección Estudios Cieplan, núm. 59, marzo, 1982.
- Ferguson, C. E., y J. M. Kreps, *Principios de Economía*, México, UTEHA, 1986.
- Furtado, Celso, *Teoría y política del desarrollo económico*, México, Siglo XXI Editores, 1968 (1967).
- Furtado, Celso, *La economía latinoamericana. Formación histórica y problemas contemporáneos*, México, Siglo XXI Editores, 2001 (1971).
- Galindo, Miguel Ángel y Graciela Malgesini, *Crecimiento económico. Principales teorías desde Keynes*, Madrid, España, McGraw-Hill, 1994.
- García, Antonio, “Elementos para una teoría latinoamericana del desarrollo”, en Alonso Aguilar, Paul A. Baran, Antonio García y otros, *Crítica a la teoría económica burguesa*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1978, pp. 214-253.
- Gonçalves, Walter, “Del desarrollo a la autonomía: la reinención de los territorios”, *Memoria*, núm. 238, México, octubre-noviembre, 2009, pp. 44/46.
- Hayter, Teresa, *Ayuda e imperialismo*, Barcelona, España, Editorial Planeta, Colección Ensayos de Economía y Ciencias Sociales, 1972.
- Hinkelammert, Franz, “El huracán de la globalización: la exclusión y la destrucción del medio ambiente vistos desde la teoría de la dependencia”, *Economía Informa*, núm. 255, México, Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, marzo, 1997, pp. 11-19.
- Huntington, Samuel P., *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, España, Editorial Paidós, Colección Surcos, 2005 (1995).

- Kaldor, Nicholas, *Ensayos sobre desarrollo económico*, México, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), 1961.
- Katz, Jorge, *Una nueva visita a la teoría del desarrollo*, Santiago de Chile, Documento de Proyecto, CEPAL/ONU, 2008.
- Keynes, John Maynard, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (1936).
- Lander, Edgardo, “Universidad y producción de conocimiento. Reflexiones sobre la colonialidad del saber en América Latina”, en Irene Sánchez Ramos y Raquel Sosa Elízaga (coordinadoras), *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*, México, Siglo XXI Editores, 2004, pp. 167-179.
- Lewis, Arthur W., *Teoría del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. en español, 1963 (1955).
- List, Friedrich, *Sistema Nacional de Economía Política*, Madrid, España, Editorial Aguilar, Biblioteca de Ciencias Sociales, 3ª ed., 1955 (1840).
- Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*, México, Serie Popular Era, núm. 22, 3ª ed., 1977 (1973).
- Myrdal, Gunnar, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (1957).
- Napoleoni, Claudio, *El pensamiento económico del siglo XX*, Barcelona, España, Oikos-tau ediciones, 1982.
- Pipitone, Ugo, *Tres ensayos sobre desarrollo y frustración: Asia Oriental, y América Latina*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), 1997.
- Prebisch, Raúl, “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas”, en Adolfo Gurrieri (compilador), *La obra de Prebisch en la CEPAL*, Fondo de Cultura Económica, Serie Lecturas, núm. 46, México, 1982 (1949), pp. 99-155.
- Prebisch, Raúl, “Prólogo” al libro de Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI editores, México, 1980, pp. vii-xiii.
- Rostow, W. W., *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no-comunista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974 (1960).
- Sachs, Wolfgang, *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, México, Galileo Ediciones/Universidad Autónoma de Sinaloa, 2001.
- Schumpeter, Joseph A., *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª ed. en español, 1967 (1912).
- Schumpeter, Joseph A., “Problemas teóricos del desarrollo económico”, en Guillermo Ramírez (compilador), *Lecturas sobre desarrollo económico*, México, Escuela Nacional de Economía, UNAM, 1970 (1958), pp. 91-94.
- Sidicaro, Ricardo, *Introducción al capitalismo dependiente latinoamericano*, Buenos Aires, Argentina, Editora Latina, 1975.

- Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Textos del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), Siglo XXI Editores, 1970.
- Trejo Reyes, Saúl, “Los patrones de crecimiento industrial y la sustitución de importaciones en México”, en Leopoldo Solís (compilador), *La economía mexicana*, 2 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Lecturas Mexicanas, núm. 4, T.1. 1973, pp. 152-161.
- Valenzuela Feijóo, José, “La crisis: algunas consideraciones básicas”, *Revista Memoria*, núm. 234, México, febrero-marzo (2009).